

**CANTERO, Esther, *La ambigüedad humana en la obra dramática de Gabriel Marcel*. Salamanca: Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, 2016**

**JOSÉ LUIS CAÑAS FERNÁNDEZ**  
Profesor titular de Filosofía  
Universidad Complutense de Madrid  
Madrid/España  
jlcf@ucm.es

Recibida: 7/09/2017  
Aceptada: 29/09/2017

Cuando Gabriel Marcel tenía necesidad de aclarar un concepto filosófico importante, es decir metafísico, ‘echaba a andar por la vida’ a unos personajes dramáticos que los encarnasen, y ahí, en su encarnación, en el cedazo de la vivencia concreta del ser personal singular y concreto, se le aclaraban. El libro de la profesora Esther Cantero que tengo el honor de reseñar da cumplida razón de esta intuición tan querida para nuestro ‘filósofo, dramaturgo y compositor’ francés, como tempranamente escribió el propio Marcel en su obra programática *Position et aproches concrètes au mystère ontologique* “es en el drama y a través del drama donde el pensamiento metafísico se entiende a sí mismo y se define en concreto”, idea que tantas veces repitió a lo largo de su vida como muy bien ha visto la autora de esta definitiva monografía sobre el tema.

Gabriel Marcel siempre dijo que el teatro fue su campo de ensayo de la vida, su experiencia piloto preferida, donde efectuaba una especie de prospección con personajes reales o imaginarios que le ayudaban a cristalizar sus ideas. En este sentido podemos hablar de ‘método filosófico teatral’, en todo caso como un camino explorado por él de forma original. A lo largo de la obra marceliana encontramos multitud de veces la anticipación de reflexiones, que después tomarán cuerpo filosófico, en sus escritos teatrales. Por esta razón se entiende muy bien que denominara a su quehacer creativo “filosofía concreta”, y es que la filosofía de la existencia puede no ser concreta pero el teatro existencial siempre lo es, con todo rigor.

La ambigüedad humana entonces queda patente de forma extraordinaria en la obra dramática de Gabriel Marcel entre otras razones porque la filosofía no siempre es concreta pero el teatro sí lo es. Ello explica la necesidad de Marcel de crear unos personajes que representasen su papel vital y existencial en esta gran comedia que es el mundo en que vivimos los seres humanos, y no se quedasen en el universal abstracto de los conceptos perdiendo la visión de lo real concreto. En este sentido decimos que el drama marceliano pondrá situaciones de la vida real en escena porque la situación es esencial al ser humano, que es actor y no mero espectador: “yo no soy un mero espectador” del drama de mi propia vida, repetirá Marcel por activa y pasiva a lo largo de su vida y su obra. Por esto, concluye Cantero, “entendemos que se hayan puesto calificativos al teatro de Marcel como teatro de la interioridad, de la sinceridad, de la conciencia, y que sean consideradas ‘experiencias metafísicas’ cada uno de sus dramas”. Y quizá por esto mismo nuestro Miguel de Unamuno, antes que Marcel, ya había notado que el teatro es una ‘metafísica imaginativa’ de la vida.

El teatro resulta así santo y señala de lo concreto en nombre de lo irreducible y en cierto modo desgarrador de la experiencia y existencia humana, tal como es vivida en las horas más profundas de nuestra vida, es decir en la hora de la verdad. Está archidemostrado (lo han dicho todos los comentaristas marcelianos y lo hemos corroborado todos los que nos llamamos ‘marcelianos convencidos’) que sus dramas teatrales no son *pièces à thèse*, ni dramas de ideas, ni teatro ideológico, antes bien en ellas se escudriña ante todo la libertad y la ambigüedad del ser personal a través de las experiencias y las vivencias humanas cotidianas más profundas, como el amor, la fidelidad, la esperanza, ... encarnadas por personajes de la vida real. Es más, estas experiencias sólo serán descubiertas con rigor en el drama, y en todo caso siempre con anterioridad a la especulación filosófica.

Importa insistir en este punto porque hay autores contemporáneos de Marcel en que lo filosófico tiende a confundirse con la creación literaria. Albert Camus, M. Merleau-Ponty, Simone de Beauvoir, son autores que hablaron extensamente de las vinculaciones entre metafísica y novela pero acentuando tanto las semejanzas que en ellos desaparece toda diferencia esencial. Para Marcel justamente la esencia del teatro estriba en la creación de seres encarnados, seres reales y no máscaras, es decir seres de carne y hueso como requerirá Unamuno. Lo cual constituye una experiencia humana de primer orden, pues en ella la existencia se manifiesta en su expresión más concreta, es decir en lo que Marcel llamará ‘la encarnación’.

Se ha dicho que a los personajes marcelianos no les interesa definir la existencia, sino encarnarla. Por eso nunca dan soluciones finales, porque la vida humana siempre es personal, es decir angustiada y esperanzada, ambigua, misteriosa siempre. Diríamos que ante todo son seres humanos, y como tales luchadores, y

que en ellos la desesperación nunca tiene la última palabra en sus vidas. En definitiva, el teatro marceliano constituye una parte integral de su metafísica puesta en acción; de ahí que no pueda estudiarse su pensamiento filosófico prescindiendo de esta vertiente dramática, primera, por otra parte, en su quehacer de escritor.

Como dramaturgo, diríamos que Marcel vivió a través de sus personajes su propia vida, vivió con “sus compañeros de ruta”, como los define en *El Misterio del Ser*, sus propias crisis y sufrimientos. Y todo ello debido a su natural inclinación a la comunión y a la intersubjetividad con los demás, a la creación de vínculos estrechos en la vivencia de la amistad. Por eso su teatro formó cuerpo con su filosofía de vida. Teatro que, como el de Ibsen, planteó problemas concretos y no abstracciones, problemas encarnados y vividos en lo más íntimo por seres muy individualizados. Y, como en Bertolt Brecht, esos problemas quedarán las más de las veces sin una respuesta única cuando cae el telón.

La profesora Cantero adopta también este punto de vista en su libro para adentrarse en la experiencia vital marceliana. Articula su monografía en cuatro partes o capítulos, comenzando con una revisión biográfica personal e intelectual de Marcel a modo de introducción, muy original justamente porque lleva a cabo esa tarea fijándose no en unos meros hechos vitales objetivos, algo así como un inventario de los mismos, sino en la trayectoria del filósofo francés sacada de sus *Diarios Metafísicos* acompañada de su correspondiente encarnación en algún personaje relevante de alguna de sus muchas obras de teatro, y el resultado del libro es maravillosamente humano y conmovedor.

Los capítulos primero “lenguaje y pensamiento” y segundo “teatro y filosofía” continúan por estos derroteros existenciales concretos marcelianos, para desembocar en la tesis más original defendida en los capítulos tercero “la aproximación dramática a la ambigüedad humana” y cuarto “dimensiones existenciales de la ambigüedad humana a partir del análisis de su obra dramática”, a saber, que la ambigüedad es una condición que nos pertenece inequívocamente a todos los seres humanos, y que esta condición dramática de la vida personal donde mejor se ve y se expresa es en el teatro.

La ambigüedad de la condición humana sería la constatación de que nuestra vida de algún modo misterioso se comprende sobre todo porque se expresa de forma dramática. “Vivenciar de modo dramático la muerte prematura de su madre –observa muy bien Cantero– cuando Marcel sólo contaba cuatro años de edad, convirtió a la inmortalidad en el primer objetivo de su deseo de comprender”. Justamente es a partir de ese deseo de entender cuando comienza el diálogo íntimo personal, preguntas y respuestas existenciales, el diálogo entre esos personajes imaginarios que todos ponemos en pie en la escena dramática de nuestra casa interior cuando la vida va en serio. Eso (la vida) que dirán algunos poetas, como Gil de Biedma, que sólo comprendemos “más adelante”.

La conclusión de Ester Cantero es que en el teatro de Marcel nos encontramos con personajes que dicen mucho más de lo que dicen, que se despliegan ante nuestros ojos en la propuesta de situaciones existenciales complejas porque somos “seres en situación”, en expresión afortunada de Marcel, en todo caso porque son personajes que no cierran el telón con una conclusión unívoca sino con una llamada abierta a la reflexión del espectador. Y, como espectadora de primera fila, la autora reflexiona que “el teatro [marceliano] se nos ha presentado como una posibilidad privilegiada para bucear, a través de personajes, en los abismos interiores, donde la experiencia de lo que somos se convierte en sorpresa para nosotros mismos y, en la reflexión de ella encontramos una profundidad que, superándonos totalmente, se nos presenta tan cercana como inasequible”.

En suma, con la profesora Cantero sostenemos que la ambigüedad de la condición humana es interesante tenerla siempre muy presente justamente porque se hace patente como elección, como libertad, “donde decidimos aceptar los requerimientos del ser que somos y donde también podemos rechazarlos”. Dicho de otro modo: porque somos seres para la libertad podemos vivir en la esclavitud, pero la esclavitud no tiene la última palabra porque podemos volver a vivir en libertad.